# LOS CONQUISTADORES

**Por: JOSÉ MIGUEL ROSALES**
*Artículo del Boletín de la*
*Sociedad Geográfica de Colombia*
*Número 2, Volumen V*
*1938*

Cuarenta y cuatro años habían transcurrido desde el descubrimiento de la América y aún permanecía inexplorado en su mayor parte el vasto territorio que hoy forma la República de Colombia.

Era el tiempo de las grandes conquistas y los españoles colonizadores de Tierra Firme, dueños únicamente de algunos puntos de la costa, ambicionaban desentrañar el misterio de aquella selva prodigiosa, que llegaba hasta la playa misma, a hundir sus bejucos en las aguas del mar Caribe.

Corría el año de 1536. Un día salió de Santa Marta una expedición compuesta de seiscientos veinte infantes y ochenta caballos, al mando del licenciado granadino don Gonzalo Jiménez de Quesada.

¡Qué espectáculo tan animado presenta la partida de los aventureros! Los naturales, ocultos tras de la maleza, contemplan estupefactos y con ojo azorado el desfile de los hombres blancos cubiertos de hierro, alegres y llenos de esperanza, porque confían en sobrepujar las hazañas de Cortés y de Pizarro. Uno de ellos sostiene en lo alto un estandarte, donde se ven castillos almenados y leones rampantes; es la enseña gloriosa que de años atrás viene tremolando sobre los mares y las tierras como emblema del honor y de la fuerza; es la bandera de España.

Los ecos de la selva se estremecen con el relinchar de los corceles árabes, el batir de las cajas de guerra y el canto sonoro que en un idioma extraño y dulce entonan los hijos del sol.

Al principio subieron por la orilla derecha del gran río de la Magdalena, cuya corriente mansa y turbia conocían ya en la desembocadura; después, por muchos días y a costa de excesivas penalidades, rodearon una extensísima ciénaga ([1]) de aguas dormidas y traidoras, llena de saurios monstruosos; por último se internaron en la espesura.

[1] La de Zapatosa.

¡Cuánto padecieron aquellos hombres! Los árboles corpulentos; las apiñadas plantas espinosas y trepadoras; los bejucos, que entrelazándose en todas direcciones, formaban una red de apretadas mallas; todo aquello parecía infranqueable. De trecho en trecho encontraban esteros y caños peligrosos que era necesario vadear con el agua al cuello; hubo noches en que tuvieron que dormir en las copas de los árboles, dejando los caballos hundidos hasta las cinchas en aquellas aguas pestilentes. Las enfermedades quebrantaron a muchos, otros perecieron víctimas de las fieras, los insectos y reptiles ponzoñosos. Y no era esto sólo: la flecha envenenada de los indios llevaba la muerte, a deshora, al centro mismo del campamento.

También los atormentaba el hambre. ¡Qué felicidad la del soldado que lograba un pedazo de carne de caballo de los que morían en la jornada! Llegaron hasta el extremo de comerse el cuero de las adargas, después de devorar los perros y gatos que llevaban en el ejército. Un rodelero se comió un sapo disforme y venenoso, y el desdichado perdió el juicio en ese momento y para siempre. La tropa se diezmaba rápidamente, pero aquellos hombres de vestidura de hierro y corazón de acero, seguían adelante, siempre adelante, disputando el terreno, palmo a palmo, a la naturaleza virgen.

Al fin tornaron a ganar las márgenes del gran río, y el jefe mandó hacer alto para que la gente tuviera el necesario descanso.

Han estado en camino ocho meses y se encuentran apenas a ciento cincuenta leguas de la orilla del mar.

Un día hallaron en un caserío abandonado ([2]) sal en panes, mantas de algodón muy bien tejidas, un poco de oro en polvo y algunas esmeraldas. Un indio a quien tomaron prisionero les dijo que allá, a lo lejos, detrás de esas montañas azuladas que se veían por el lado donde nace el sol, existía un país rico, de dilatadas campiñas, cuyo rey se cubría el cuerpo de oro en polvo, y luego se bañaba en un lago sagrado. De allá habían traído los de su tribu la sal, las mantas y las piedras verdes.

Con esto renació la esperanza que ya les faltaba, y Quesada emprendió de nuevo su marcha aventurera.

Ahora sufrieron incomodidades de otro género; como no había senda por entre la fragosa montaña, anduvieron muchos días a la ventura, teniendo que hacer largos rodeos, cuando les cerraba el paso alguna alta y escarpadísima roca. Después de trasmontar una cumbre, cruzaban un valle, y luego otro valle y otras cumbres. El viaje parecía interminable.

A los ardientes calores de las vegas del Magdalena sucedió la crudeza de las heladas brisas del páramo; hacía un frío vivísimo y una lluvia menuda e incesante les calaba hasta los huesos.

"Montaña tenebrosa y asombrada,
Tanto que los humanos sobresalta,

[2] La Tora, hoy Barranca Bermeja.

De sucios animales toda llena,
Cuya memoria sólo causa pena.
La Tora, hoy Barranca Bermeja.
Un continuo llover, un triste cielo,
Truenos, obscuridad, horror eterno
Con otras semejanzas del infierno" ([3]).

Van mustios y cabizbajos, transidos de hambre; parecen espectros. Ya no resuenan en el campo los cantos andaluces: los soldados, poseídos del mayor abatimiento, piensan que jamás volverán a ver los bellos huertos de Valencia, los tibios campos sevillanos o las risueñas vegas de Granada.

El jefe, que está enfermo, se hace llevar en litera, y con la barba hundida en el pecho, sueña con la conquista de otro imperio como el de los Incas; los dos religiosos que acompañan la expedición murmuran sus oraciones. Hay veces en que todos se estremecen como un solo hombre, al escuchar la risa intempestiva del loco, que en medio del silencio impresivo de los páramos y entre la niebla densa que los envuelve, semeja la carcajada estridente y sardónica de un gnomo invisible.

De pronto se oyeron en la vanguardia exclamaciones de júbilo: un paso más y todo el ejército llegó a la cumbre. Al través del vapor que empañaba sus pupilas, vieron los españoles un cuadro de incomparable belleza: tierras limpias, campos sembrados, aldeas pintorescas, y por todas partes una muchedumbre de indígenas coronados de plumas y ataviados con mantos blancos. Estaban a la vista de la tierra prometida.

El general organizó su gente e hizo un recuento de ella. Da aquel lucido ejército que salió de Santa Marta un año antes, no quedaba ya sino un puñado de hombres: ciento veintisiete infantes y cuarenta jinetes. Con esta fuerza contaba el valiente granadino para subyugar el imperio de los chibchas, el tercero de la América, después de los Incas del Perú y los Aztecas de México.

Un breve descanso en las alturas y la tropa desciende en buen orden, cruza un río caudaloso ([4]) y hace su entrada triunfal en el rico dominio de los Zipas.

El clima es suave, los campos fertilísimos, las aguas abundantes y cristalinas. Hay extensos sembrados de maíz, de papas y otras legumbres desconocidas; los sotos están poblados de caza. Encuentran grandes poblaciones en donde se les recibe de paz y les ofrecen carne de venado, sal, mantas de algodón, oro y esmeraldas.

A su paso por los caminos, los indios se prosternan ante los *suagaguas*, hijos del Sol, y queman resinas olorosas. Los soldados desfilan contentos y bulliciosos, porque, como dicen en sus cantos, es:

"Tierra de oro, tierra abastecida,
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,

[3] Castellanos – *Elegía de ilustres varones de Indias; 2da parte –Elegía 4ta.*
[4] El río Suárez o Sarabita.

Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
Tierra donde se ve gente vestida,
Tierra de bendición, clara y serena,
Tierra que pone fin a nuestra pena" ([5]).

Desde las alturas de Nemocón divisaron la planicie de Bacatá extendida a sus pies como un inmenso tapiz verde, que el general bautizó con el nombre de "Valle de los Alcázares", por el sinnúmero de bohíos, que, a manera de castillos feudales, levantaban airosas torrecillas sobre el arbolado de arrayanes, salvios y arbolocos.

Muequetá ([6]), la capital del imperio, era una ciudad de veinte mil habitantes, asentada en medio de la llanura. Sus bohíos eran grandes; tenía espaciosos mercados y magníficos templos. Por encima de todas estas construcciones, como nuestra indispensable de señorío, se empinaba el palacio real, vasto edificio que, al decir de los mismos conquistadores, podía pasar por una de las más hermosas habitaciones que habían encontrado en las Indias ([7]). Estaba fabricado de maderas finas talladas con arte, y el interior, revestido de cañizos atados con cordeles de fique, teñidos de colores vivos. A este palacio llegó Quesada con su gente, pero lo encontró desierto, porque el soberano había huido llevándose consigo sus mujeres y sus tesoros.

Hacia el extremo occidental de la planicie, en un paraje agreste y solitario, estaba el cercado fuerte de Facatativá en donde se ocultaba el Zipa con toda su corte. La fortaleza, emplazada entre inmensos peñascos dispuestos naturalmente a modo de laberinto, estaba rodeada por un monte bajo con densa trabazón de matas y zarzales.

Las piedras son imponentes por su magnitud y pintorescas por su forma. Algunas hay que forman bastiones y salientes con estrechos pasadizos amurallados, como obra de ciclopes, en otras se abren amplias cavidades bajo el alero saliente de sus cornisas. Existe allí una fuente que, según la teogonia de los chibchas, debió ser uno de sus adoratorios. Es un arroyuelo purísimo que penetra calladamente bajo un enorme bloque abovedado, aparece por el lado opuesto en forma de cascada diminuta y se desliza luego, con tenue y grato murmullo por la pradera esmaltada de flores silvestres y hierbas olorosas. La superficie de una de estas rocas muestra todavía jeroglíficos que al ser descifrados vendrían a traducirse quizá en piadosa leyenda u oración fúnebre escrita por algún *jeque* ([8]) en honor del último de sus reyes.

En efecto, estas breñas presenciaron el fin de una dinastía y la ruina del imperio. Por un indio prisionero a quien el Zipa había hecho dar tormento, tuvo Quesada noticia del cercado, y allá se encaminó sigilosamente una noche muy obscura, llevando consigo lo mejor de su tropa en infantes y caballos.

[5] Castellanos – Obra citada.
[6] Muequetá, hoy Funza.
[7] «Aunque de paja, la habitación del Bogotá podía pasar por una de las más bellas que se habían encontrado en la Indias» Relación de los capitanea san Martin y Lebrija.
[8] *Jeque,* sacerdote.

Sin dificultad penetraron los españoles por las angostas y tortuosas veredas que daban acceso a la fortaleza. La gente del Zipa se hallaba desprevenida, no obstante, opusieron heroica resistencia; pero el terror de la sorpresa, aumentado con el insólito estampido de los arcabuces; el choque de lanzas y espadas; los gritos de los combatientes, entre los cuales sobresalía el belicoso "Santiago" de los invasores; el gemir de las mujeres y de los niños que corrían alocados por el recinto, todo infundió tal pavor y desaliento en los sitiados, que éstos huyeron en el más completo desorden. El Zipa pretendió escapar disimuladamente por uno de los postigos del fuerte, pero en tan mala hora que un peón de ballesteros, sin conocerlo, lo hirió mortalmente con el pasador de su ballesta. Los *uzaques* ([9]) recogieron su cuerpo para darle sepultura en algún lugar apartado de la vecina montaña ([10]).

También estuvieron en Tequendama, en donde el río Funza después de lamer indolente y servil los muros del cercado real, va a despeñarse en una tremenda sima, para seguir su curso turbulento por la cálida tierra de los Panches.

Volviendo hacia el norte se apoderaron de *Hunza* ([11]) la capital de los *Zaques* ([12]). Reinaba allí Quimanchatoca, anciano corpulento, de figura espantable, ante cuya presencia temblaban los mismos sacerdotes de Iraca.

El príncipe aguardó tranquilamente al intruso, sentado en su trono y rodeado de guardias y cortesanos. No quiso huir, porque jamás llegó a imaginarse que los extranjeros se atreviesen a tocarle siquiera. Mas cuando el férreo guantelete de Quesada cayó sobre su hombro, el orgulloso anciano dobló la cerviz y todos le abandonaron, poseídos de un terror pánico.

Luego empezó el saqueo. Los soldados, enloquecidos de júbilo, gritaban: "Perú, Perú, mi General, que otro Cajamarca, hemos encontrado", y sacaban urnas y petacas llenas de oro y esmeraldas; tunjos, chaguales, patenas y otras ricas joyas; conchas engarzadas en oro de las que servían a los príncipes y uzaques para beber en los festines; armas, escudos y mantas finísimas. Con todas aquellas riquezas formaron en el patio de honor un montón tan grande, que como lo escribió el mismo Quesada, "puestos los infantes en torno de él, no se veían los que estaban de frente, y los de a caballo apenas se divisaban" ([13]).

Un día oyeron hablar de Suamós ([14]) la ciudad santa de los chibchas, lugar en donde existía el mayor y más rico de sus templos, y hacia allá se encaminaron, movidos por aquel afán de conquistas que no les permitía tregua ni reposo. En Suamós, llamada también Iraca, residía Sugamuxi, el Sumo Pontífice, quien sabedor de la venida de Quesada, salió con

[9] *Uzaques.* Caciques principales, gobernadores de las provincias.77

[10] «Se guardó tan bien el secreto del sitio donde enterraron a Tisquesusa y a sus tesoros, que hasta el presente no se tiene de él menor indicio. Después del saqueo del cercado, sólo se hallaron en la recámara del Zipa, algunas alhajas y una vasija llena de los discos o tejuelos de oro que componen su moneda, por valor de mil pesos, tributo que a última hora le había llevado uno de los caciques. También se hallaron mantas finas y túnicas de algodón, y en la despensa real gran cantidad de alimentos de caza, entre ellos muchos venados recién muertos que sus monteros le habían llevado esa misma noche». Piedrahita. "Conquista del Nuevo Reino". Libro IV, Cap. VI.

[11] Hunza, Tunja.

[12] Zaque era el título de sus reyes.

[13] Compendio historial.

[14] Sogamoso.

numerosa hueste a estorbar la entrada de los invasores. El choque fue tremendo y la guazabara ([15]) se encarnizó por algunas horas, pero venció al fin la superioridad de las armas extranjeras, y los indios huyeron dejando en el campo montones de cadáveres.

Entraron, pues, los españoles, cuando caía la noche, cubiertos de sangre, extenuados por la fatiga de la marcha y el combate, y acamparon en una plaza frente al famoso templo. Era tal el cansancio de la tropa, que el general dejó para el siguiente día el reconocimiento del edificio, ahora cerrado y al parecer desierto; pero aconteció que en altas horas de la noche, dos soldados, aguijoneados por la codicia, entraron por una ventana, provistos de antorchas encendidas.

El interior del templo era de una sola nave; empero a lo largo de los muros se levantaban a gran altura enormes columnas de guayacán. La poderosa techumbre estaba decorada con pajas amarillas, verdes y blancas, entrelazadas curiosamente, formando vis- vistosísimas labores. Muros y columnas veíanse revestidos de láminas de oro. Por todo el centro del templo corría una hilera de ídolos monstruosos, con vasijas a los pies, enterradas hasta el cuello, para recibir las ofrendas; y a los costados, entre los huecos que dejaban las columnas había momias de sacerdotes y de reyes, adornadas con ricas joyas.

Los soldados quedaron sobrecogidos de estupor: un terror secreto les paralizó los miembros, terror que subió de punto cuando distinguieron, allá en el fondo de la nave, una figura majestuosa, un ser humano que les miraba de hito en hito con aire amenazador y sombrío. Vestía túnica roja y en la cabeza llevaba mitra de oro; la barba poblada y blanquísima le caía hasta la cintura. Era un jeque, fiel guardián del santuario que presenciaba la tropelía y con el fulgor de su mirada lanzaba anatema contra los sacrílegos.

En éstos prevaleció la codicia, y a fin de tener las manos libres para el pillaje, pusieron las antorchas en el suelo. Prendióse al punto el esparto de la estera que cubría el pavimento, el fuego se comunicó rápidamente a las colgaduras y cañizos y pocos momentos después el soberbio edificio era un mar de llamas. Los soldados pudieron escapar por donde habían entrado. Dentro quedó el jeque, y allí pereció en medio de sus dioses.

Ha pasado un año. Al rudo empuje de la hueste conquistadora se ha derrumbado la antigua monarquía de los chibchas. Sagipa, el último rey, ha muerto en el campo de Bosa, por haberse negado a llenar de oro la habitación que le servía de cárcel; también ha muerto su religión, y las imágenes de Bochica yacen por tierra, en fragmentos. Empieza la agonía de un pueblo que, bajo el yugo de los conquistadores, ha perdido ya el sentimiento de su nacionalidad, los acentos de su idioma y la memoria de sus tradiciones.

Resolvió Quesada entonces fundar una ciudad que fuese la cabecera del nuevo dominio, y a este fin envió a cuatro de sus capitanes a buscar un sitio apropiado al efecto. Se encontró uno situado en la falda de la cordillera, llamado Teusaquillo por los indios en donde el Zipa tenía una casa de recreo para los meses de invierno.

[15] *Guazabara,* combate.

"Apenas llegó Quesada a aquel lugar ameno y tendió la vista en redor suyo, vino a su memoria el recuerdo de la hermosa vega de Granada. Veía al noroeste la serrezuela de Suba que le hacía pensar en la Sierra de Elvira; las colinas de Soacha le recordaban las del Suspiro del Moro, y los cerros de Monserrate y Guadalupe se asemejaban a los collados que a Granada circundan. Poseído de tan gratas emociones, exageradas por su imaginación andaluza, no vaciló en elegir aquel sitio para el establecimiento de una ciudad que hiciese estable su conquista, y al efecto ordenó que se fabricasen, en conmemoración de los doce Apóstoles, doce casas cubiertas de paja, y se diese principio a una capilla.

"La ciudad recibió la denominación de Santafé ([16]), en recuerdo de la ciudad de este nombre que construyeron los Reyes Católicos y que ocupa en la vega de Granada una posición semejante a la de Fontibón en la Sabana.

"El ejército oyó, en seguida, la primera misa que se dijo en aquellas alturas. Los descendientes de los conquistadores, movidos por un sentimiento de piadoso respeto, han conservado los ornamentos y vasos sagrados que en aquella ocasión sirvieron. El pueblo concurre cada año, el día 6 de agosto, a ver esas reliquias sagradas que se exhiben en la catedral de Bogotá, las cuales tendrán mayor mérito a medida que transcurra el tiempo" ([17]).

En el centro de un espacio abierto, que andando el tiempo será plaza ([18]) hay un tosco altar cubierto de flores andinas, y en él se muestra el *Cristo de la Conquista*, que uno de los expedicionarios pintó con mano torpe, pero corazón piadoso, sobre una tela chibcha.

La mañana es hermosa, y a los primeros rayos del sol levante brillan lanzas y espadas; los estandartes ondean orgullosos a impulso de una brisa embalsamada que sopla del Mediodía.

Quesada se adelanta, y con voz sonora proclama la soberanía del César, y sus derechos al gobierno de la tierra por él sometida. Nadie le contradice. Redoblan los atambores, suenan los clarines, y entre el disparo de los arcabuces y el choque de las armas, todos prorrumpen en alegres vítores a su patria y a su rey. En este momento, el Padre Las Casas, capellán del ejército de Quesada, aparece ante el altar, revestido con ornamentos de telas indígenas. Principia la misa, y cuando levanta emocionado el cáliz de plomo, que contiene la sangre divina, los soldados se inclinan humildes y reverentes.

Los indios contemplan absortos la escena y no comprenden la actitud mansa de aquellos seres extraordinarios que manejan el rayo.

Y a un lado del altar, sentado sobre leñoso tronco, el historiador consigna los sucesos del día y los nombres de aquellos españoles que, fieros y rudos si se quiere pero valientes y altivos, fueron nuestros mayores.

---

[16] Más tardes se llamó Santafé de Bogotá, voz de la palabra indígena Bacatá, fin extremo de las sementeras. El territorio conquistado tomó el nombre de Nuevo Reino de Granada.
[17] Ignacio Gutiérrez Ponce – "*Crónicas de mi hogar*".
[18] Hoy plaza de Bolívar.

Por esta época llegaron a la Sabana de Bogotá dos nuevas expediciones: una al mando de Sebastián de Belalcázar, Teniente de Pizarro, venía desde el Perú; la otra bajo las órdenes de Nicolás de Federmán, había salido tres años antes, de las costas de Venezuela. Ambos buscaban aquel fabuloso indio dorado cuya fama se extendía hasta los confines del continente. Hallaron a Quesada en plena posesión del territorio y no le disputaron su conquista. En cambio recibieron una buena participación del botín obtenido.

Después, los tres jefes, reunidos, parten para España, llenos de riquezas y también de ilusiones y esperanzas. Jiménez de Quesada quiere la gobernación del Nuevo Reino que él ha conquistado; Belalcázar ambiciona el mando de la Provincia de Popayán, independiente de Pizarro; Federmán anhela descansar de tantas fatigas y gozar de sus bienes en algún castillo de la vieja Alemania. No contaban con la envidia y el odio de sus émulos. Todos tres tuvieron un fin desgraciado.

Quesada se granjeó la animosidad del rey por haberse presentado con fausto y ostentación en momentos en que la corte estaba de riguroso luto por la muerte de una princesa real; allá vegetó sin provecho los mejores años de su vida, y al fin regresó a América con el vacío título de Mariscal, a morir de lepra en Mariquita. Belalcázar obtuvo su gobierno, pero no disfrutó de él, porque acusado de mala administración, fue puesto en cadenas y murió en Cartagena de Indias. Federmán acabó sus días en Madrid, en la mayor pobreza.

Hazañas estupendas de los conquistadores, gloria y riqueza, ambiciones y esperanzas, todo pasó, como pasó el imperio que ellos sometieron a fuerza de valor y de constancia. Sólo ha quedado en pie el *Cristo de la Conquista* ([19]), que hoy como entonces, extiende amoroso sus brazos para refugio y consuelo de la humanidad doliente.

## EL IMPERIO CHIBCHA

El país de los Chibchas comprendía las altiplanicies de Bogotá, Ubaté, Chiquinquirá y Tunja-Sogamoso con todos los valles aledaños de clima templado: Leiva, Pacho, Tensa, Cáqueza y Fusagasugá.

Tres jefes principales dominaban con absoluto imperio los pueblos chibchas. El Zipa que tenía su asiento en Muequetá; el Zaque de Hunza y el Sumo Sacerdote de Suamós.

El más antiguo Zipa de quien se tiene noticia fue Saguamanchica, quien desde su reducido dominio empezó a extender sus conquistas por el Sur hasta la Tierra de los Panches.

A Saguamanchica que reinó veinte años sucedió Nemequene el gran guerrero y legislador de los chibchas. Este dirigió sus armas hacia el norte, sujetó a los caciques de Guatavita, Zipaquirá y Saboyá y luego subyugó a los caciques de Ubaque, Choachí, Fómeque y Cáqueza, extendiendo su dominio hasta la entrada de las grandes llanuras orientales.

[19] Este lienzo se guarda en la Catedral de Bogotá.

Para sujetar al Zaque de Tunja marchó hacia aquel dominio con un ejército de cuarenta mil hombres. En la gran batalla que se trabó en las inmediaciones de Chocontá el Zipa, gravemente herido se vio obligado a retroceder, muriendo al quinto día de su llegada a Muequetá.

Le sucedió su sobrino y heredero Tisquesusa, en 1522. Después de diez y seis años de un próspero reinado, organizó un numeroso ejército y se encaminó a Hunza resuelto a dar fin a las continuas competencias de los Zaques. Un suceso inesperado interrumpió la marcha de las tropas y cambió el curso de los acontecimientos: ciento sesenta y seis hombres de raza desconocida penetraban por el norte y se internaban en sus dominios, por lo cual se vio el Zipa obligado a dar de mano a sus proyectos bélicos para atender a la defensa de su territorio.

(Estractado de la Historia de Acosta).

Revisado por: TAP